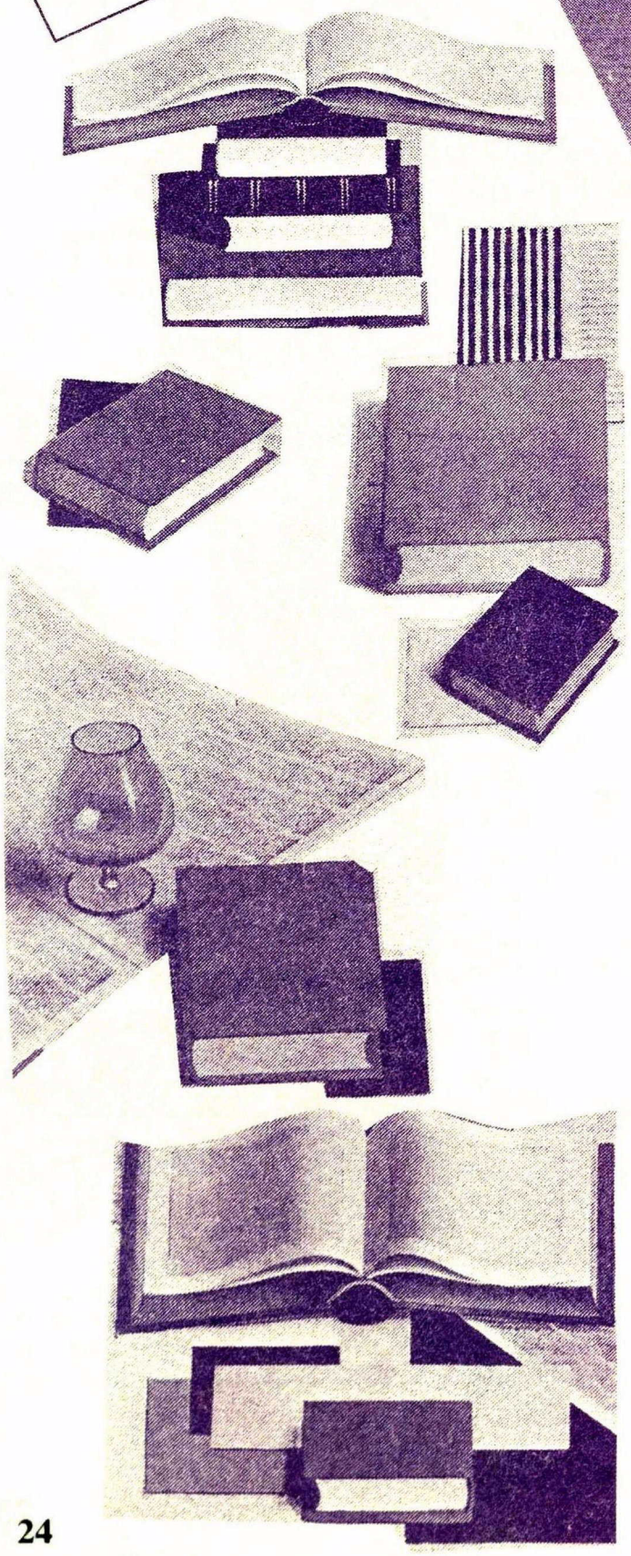
POLITICAS FEMINISTAS

ENTRE HISTORIAS Y GEOGRAFIAS

Edda Gaviola Artigas



Las mujeres no van a entender este discurso del feminismo". Esta es una frase casi común. Transferencia de los propios miedos que acechan. Es la voz de la amnesia, de la obediencia irreflexiva, la voz que nos conecta con esa identidad impuesta por otros desde milenios y que nos provoca la parálisis, la negación o el desencanto. O, peor aún, el deseo incontrolable de tomar el "atajo" (callejón sin salida) que se nos ofrece, desde el *lobby* de una cumbre cualquiera, como paulatinos avances hacia la igualdad de oportunidades.

Una isla es un pedazo de territorio rodeado por un inmenso mar. Una isla-mujer es un cuerpo, una racionalidad, una visión de mundo, rodeada por un inmenso patriarcado que no da tregua, por un sistema que nos transforma en islas sitiadas de un proyecto, esbozado con tal convencimiento por otros que parece ser lo único real y verdadero. Allí no existimos y tampoco tenemos derecho a hacerlo. Si sólo se tratara de un problema de estrategias... bastaría con dejar que la corriente universal nos lleve al puerto que ellos decidieron.

ENTRE VARIAS PESADILLAS: LA INTUICIÓN DE UN PROYECTO

Nuestra experiencia como Movimiento Feminista es una experiencia difícil, que se acerca mucho a esta idea de las pesadillas que como anécdota nos van recordando, cada cierto tiempo, que la construcción del movimiento hay que hacerla bien despierta, con cuidado, con visión política y con toda la rebeldía y transgresión que acumulamos a partir de la exclusión de la que somos objeto. Rebeldía que trasciende en la necesidad de "inventar", de una vez por todas, una forma distinta de hacer sociedad desde el respeto y la colaboración.

Pesadillas externas e internas cimentan nuestro recorrido, desde la intromisión profunda de la dictadura,

que fundó la llamada "modernidad" de Chile sobre las cenizas de una sociedad sumida en el miedo y desintegrada por la fuerza.

En ese contexto, el movimiento feminista, desde un punto de vista reivindicativo, fue la brisa fresca que nos convocó a pensar desde nuestras propias vivencias ancestrales -de autoritarismos y maquillajes democráticos-, una nueva alternativa de hacer política y de hacer sociedad: la relación estrecha entre violencia social y violencia contra la mujer o Democracia en el país y en la casa, son sólo dos ejemplos de ello.

Allí fue fácil construir "identidades", hablar y gritar un "nosotras", pasar por alto diferencias, pues era una cuestión vital, límite, de asalto inminente. No hubo mayores dudas, había que darle una existencia social a tanta negación individual y colectiva. Así, el movimiento tuvo rostros, consignas, manifestaciones, se hizo y lo hicieron visible a los ojos de todos y todas. Rebeldía era la gran palabra, discurso insolente era la urgencia frente al re-descubrimiento del patriarcado, esta vez con rostro militar.

El problema surge después, cuando el patriarcado comienza a cambiar su maquillaje: se viste de integración, adopta el rostro de "civilidad", se sienta en el sillón neoliberal y nos invita a entonar el discurso cobarde de "lo posible". Allí comenzó a diluirse ese "nosotras", las diferencias se volvieron insalvables: "ellas" y las "otras", y la línea divisoria puesta entre la rebeldía y la resignación, que tiene que ver a su vez con autonomías o institucionalización, con utopías o pragmatismos.

PESADILLA UNO, O EL DESEO DE ESTAR JUNTAS A CUALQUIER PRECIO

La sensación que prontamente nos asaltó a muchas, fue que el cambio que se había producido a nivel político en el país no cambiaba sustancialmente el sentido de nuestra existencia como feministas, es decir, la desconstrucción del patriarcado. Aún más, nuestro accionar se volvería más difícil mientras los cantos de sirena -que provenían del gobierno o los partidos políticos- generaran la ilusión o el espejismo de la integración a muchas mujeres. Ellas, investidas de un nuevo poder (hacia las otras) comenzarían a arrogarse representaciones y liderazgos, harían política desde el Estado en nombre de todas. Las otras (nosotras) quedaríamos irremediablemente situadas en los márgenes del sistema, es decir, en aquel lugar que no existe, que no genera política. Es la eficiencia del patriarcado y a través de ese espejo, "ellas" la hacen conquista.

Paralelamente, en los márgenes, el deseo de articular los pedazos, de reconocernos en otras, de dejar de ser islas sitiadas. El intento de leernos políticamente desde nuestro quehacer feminista, enfrentando dos conflictos fundamentales. Por una parte, lo difícil que resulta para las mujeres asumirnos desde una posición política autónoma, reflexiva y no desde las carencias afectivas; y, por otra, hacerlo en una democracia o "limicracia" hecha de espacios estancos, en que lo político es definido desde el dominio de la clase política y sus instituciones.

Luego, la búsqueda de mínimos comunes, capaces de contener nuestros propios malestares, más allá de las diferencias objetivas que nos llevan por caminos distintos a la hora de hacer política. Para unas, los mínimos alcanzados eran declaraciones de principios y en tanto podían entenderse como demandas, eran factibles de negociación. Para nosotras era un piso básico, completo en sí mismo, para instalar en la sociedad un discurso alternativo y crítico al sistema en su conjunto.

La ruptura fue inevitable en la práctica concreta, y pese a los miedos de ser miradas como "las malas", hubo que asumirla con responsabilidad. Las diferencias se hacían insostenibles a la hora de actuar: no era posible tomar dos trenes a la vez, e intentar llegar al mismo destino, pues en uno instalábamos esa visión crítica y, en el otro, el sistema nos cooptaba ideas y personas, nos anulaba. No era sólo un problema de estrategias, sino más bien un problema de objetivos a alcanzar. Contenidos, objetivos y estrategias de nuestra acción política se transformaron en un todo indivisible, necesario de explicitar.

DE COMPLICIDADES Y AUTONOMÍA: UN CAMINO DISTINTO PARA ESTAR JUNTAS

La ruptura se había hecho realidad. En el marco del Primer Foro Nacional Feminista, realizado en octubre de 1993 en la ciudad de Concepción, fuimos dispuestas a asumir responsabilidades y a explicitar nuestra interpretación de los hechos. Una nueva forma de construir se nos revelaba ineludible, ya nunca más supuestos o fantasías o silencios. A partir de allí el "nosotras" debía construirse sobre bases firmes de adscripción a un proyecto filosófico-político feminista que debíamos ir elaborando de a poco: nos habíamos declarado cómplices en rebeldía, dispuestas, aunque estuviésemos solas, a pararnos desde "la otra esquina", como dijo Margarita, o a "mirarnos en nuestro propio espejo", como señalara Sandra.

Las solidaridades de género, entendidas por el hecho de ser mujeres, dejó de ser el referente de alianzas infértiles. Para nosotras, se trata de generar nuevas complicidades fundadas en el hecho de ser mujeres pensantes y con deseos de actuar desde una rebeldía política, en forma autónoma e independiente.

Esa rebeldía política cobra un nuevo sentido hoy día, cuando la institucionalización de la otra corriente del feminismo es una realidad que se ejerce de Cumbre en Cumbre, legitimando la discusión del "primer mundo" como discusiones "mundiales". Esa institucionalización desde el poder patriarcal, lleva la aceptación de un modelo económico, social y político que sigue excluyendo a las grandes mayorías.

De ahí, la necesidad de un nuevo perfil para el movimiento feminista, el perfil de la corriente autónoma, que se gesta en oposición al modelo neoliberal y a la exclusión política en las "democracias" de los 90. Y que se reconoce en la necesidad de construir el camino de nuestra propia utopía de sociedad. Trascender la demanda, la reivindicación en sí misma, y legitimar nuevamente nuestra capacidad propositiva de cambio radical.

A partir de estas definiciones básicas se ha dado la confluencia de grupos y colectivos, le dimos vida a Feministas Autónomas y comenzamos a discutir y a elaborar por escrito: hemos realizado Foros nacionales sobre la base de explicitar posiciones; marchas callejeras y talleres. En definitiva, hemos retomado el camino de darle al feminismo un sentido de movimiento social y

político y una proyección con toda la fuerza de la historia.

UN FUTURO HECHO DE HISTORIA

Jamás en la historia humana se han pensado las utopías desde las esferas del poder o del dominio: la utopía se hace necesaria cuando no se acepta lo que es y, por tanto, hay que trascenderlo. La utopía es subversiva, subvierte lo real y abre un mundo de nuevas posibilidades. Sólo cuestionando lo existente que desde afuera se observa -ya sea porque te colocaron allí, o porque hiciste una opción para aventurarte en un nuevo sueño- podrás decir: aquí yo ejerzo mi derecho a ser libre, mi derecho a reinventar lo existente.

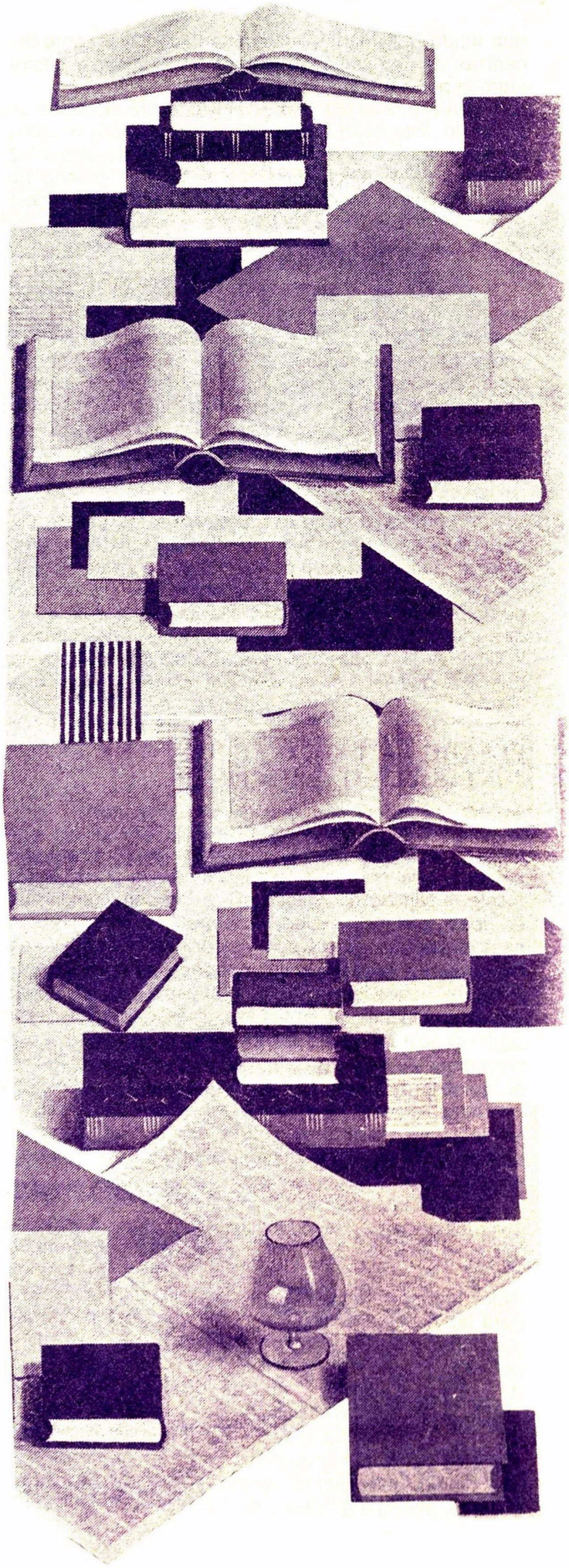
Ahora bien, cuando nos planteamos ensayar nuestras propias utopías, es porque en gran medida estamos acechadas por un proyecto de sociedad sin esperanzas. Pero, cuidado, no lo hacemos desde una concepción iluminada o vanguardista del cambio social. Lo hacemos desde la libertad y la responsabilidad de asumir nuestra existencia y nuestro propio destino. Atrás quedaron los tiempos de hacernos cargo de otros, de pensarnos buenitas, puras y sinceras o de casarnos con la mejor ideología patriarcal.

Tampoco nos estamos planteando una utopía inalcanzable o postergada para un futuro incierto, nuestra propia relación con la realidad nos va dando las pistas de que es posible: la sola expresividad de los movimientos sociales es un camino de construcción social distinto. El impedir que otros u otras se arroguen nuestra representación nos conduce a una sociedad compuesta por distintas voces, pero sólo la expresividad de esas distintas voces hace factible el respeto y la colaboración en la diferencia. Plantear el respeto a la diferencia, sin su explicitación, sólo conduce a nuevas formas de uniformidad y autoritarismos.

El problema de la utopía aparece como un eje fundamental para el movimiento feminista, pues es su única posibilidad de trascendencia, la capacidad de reciclaje del sistema así lo afirma. Lo que para muchos hoy aparece como posibilidad de acceder a espacios de poder para de allí provocar las transformaciones para una mayoría, no es más que la derrota política para el movimiento. Mientras nos sigan parcelando, dividiendo nuestra visión de mundo, continuaremos islas. De lo que se trata es formar archipiélago y llegar a ser continente, una fuerza social hecha de esperanzas, un territorio apto para la vida humana.

"... si el feminismo fue olvidado y tuvo que volver a nacer en el siglo XIX y después nuevamente en el XX, ello se debió a su derrota como movimiento social y político" (1).

La derrota es hija de la resignación. ■



(*)Edda Gaviola, Feminista chilena, militante de la Corriente Autónoma, historiadora.

(1) La Ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII.